

## LA CIUDADELA ASALTADA

Juan Villoro

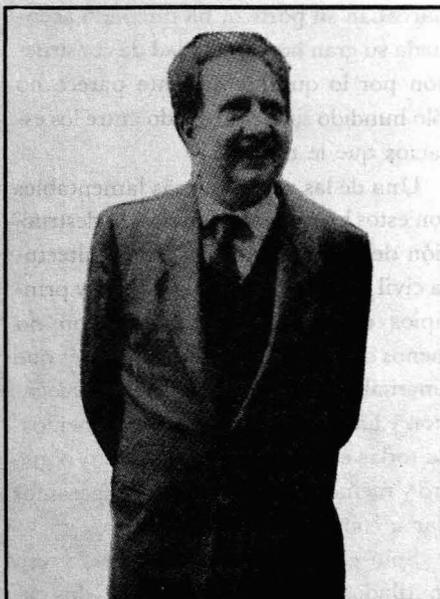
Una de las convenciones de la novela rusa del siglo XIX exige que sepamos todo de todos. Cada personaje es portador de un destino singularísimo. Es posible que sólo aparezca para entregar un sobre lacrado pero no hay forma de impedir que el autor le asigne dos apellidos, un apodo y una biografía instantánea en la que figuran la esposa muerta de fiebre puerperal, las hijas pelirrojas y el caballo ceniciento al que besa en las madrugadas. En otras palabras, todo personaje, por nimio que sea, refrenda las inagotables posibilidades de la ficción: la historia surge del derroche de muchas otras historias.

En *Aspectos de la novela* Forster se detiene en este elemento típico de la novela rusa, la ausencia de *personajes planos*. Sergio Pitol (traductor de Chéjov y Pilniak) es un esclavista consumado que se entretiene rompiendo íconos: *El desfile del amor* está narrado bajo la perspectiva de un protagonista plano. En efecto, Miguel del Solar atraviesa el libro sin que nos asombre ni incomode su presencia. Tan sólo sabemos que es historiador, ha enviudado recientemente y vive en Inglaterra; ignoramos sus resortes interiores, sus manías, sus sabores favoritos. No importa: Del Solar es un testigo, plano e insaciable, y su función la misma que Stendhal asigna a la novela: ser "un espejo que se pasea a lo largo de un camino". Héroe sin señas particulares, se comporta como emisario del lector, es un azorado indagador de la trama.

En 1942 Miguel del Solar tenía diez años y pasó unos días en el edificio Minerva, donde vivían sus tíos. En 1973 regresa a México y recuerda un crimen que ocurrió en el edificio. La novela es la pesquisa de un hecho de sangre que parece fugado en el tiempo. ¿Qué mueve a Del Solar? Pitol no alude a componentes psicológicos. El crimen se aviva en la mente del protagonista sin traer evocaciones

proustianas; resolverlo es una operación racional, vale decir, un *afán de lectura*, de llegar al fondo de la trama, que en este caso supone renunciar a la lógica del historiador. "Hacer historia — dice Hermann Hesse — es sumergirse en el caos sin perder la fe en el orden". ¿Qué orden impone el protagonista de Pitol? Ninguno, le gana la novela, es devorado por la trama. En cada capítulo visita a un antiguo inquilino del Minerva y se enfrenta a un preciso teatro de intrigas, falsedades, contradicciones. ¿A quién hacerle caso?, ¿a la histérica y pudibunda Eduvigés Briones de Díaz Zepeda, al bilioso Balmorán, a Delfina Uribe tan exquisita como prepotente, a Emma Werfel, esa masa retórica? El nudo se aprieta a medida que Del Solar tira de los distintos cabos sueltos; cada relator ofrece un distinto ángulo de ataque; a su manera, cada uno tiene razón. Quizá el mayor mérito de Pitol radique en dotar a esta galería de maledicientes de voces propias, distintivas; en sus bocas, toda extravagancia suena verosímil. En franca oposición al protagonista, los personajes visitados capítulo a capítulo son seres llenos de modismos, prejuicios, gustos y repulsas, gestos definitivos.

En lo que toca a los escenarios, cada recinto de *El desfile del amor* tiene la poderosa realidad de la ilusión literaria. El Minerva es digno de una novela gótica; la Procuraduría, con su "salita de lectura", no desmerece ante las prefecturas de Gogol; en la covacha del administrador del edificio (que tiene patillas de cochero y una mujer que cose telas color granate) sólo falta el samovar de Dostoyevski. Este uso *novelresco* de los espacios es otra clave de Pitol: los ambientes vagamente irreales hacen la mascarada más creíble;



Sergio Pitol

la lógica se subvierte como en un palacio repentinamente invadido por el agua.

Novela que se discute a sí misma, *El desfile del amor* tiene como protagonista último al lector. Al igual que en *Tristram Shandy* o en *Jacques el fatalista*, las proposiciones de la trama exigen una lectura movetizada, abierta, que acepte el desenlace continuamente aplazado como pretexto para que ocurran digresiones. En este sentido, *El desfile del amor* ha sido escrito con la más elevada gratuidad literaria: una historia, si es disfrutable, puede prescindir de cualquier motivación utilitaria, incluso la de tener final. El tema del libro no es otro que el arte de escribir novelas; insaciable especulador literario, Sergio Pitol reactiva así uno de sus recursos favoritos: la malversación de la historia, el dispendio de las posibilidades de la ficción. Para lograrlo se vale de numerosos registros narrativos, alternando los testimonios orales con el informe burocrático, la nota roja, la crónica de sociales, el ensayo erudito y aun el reporte del médico forense.

Novela de opciones múltiples, *El desfile del amor* es el reverso de la novela pedagógica. Miguel del Solar nunca es modificado por los acontecimientos; pertenece a la estirpe de personajes que Michel Tournier llama "ineducables"; sólo que a diferencia de otros que no aprenden, como Julian Sorel o Don Quijote, que se valen de una fe ciega para negar la contundencia de los hechos, Del Solar permanece inalterado porque la historia que indaga se cancela a medida que avanza. La ignorancia final del protagonista es la condición necesaria para desentrañar el sentido profundo de la novela. Sergio Pitol ha practicado un severo corte en un mundo de gazmoñería, donde hay muchas cosas que callar enfrente de las solteras y donde la franqueza es una debilidad moral. Las verdades a medias de los habitantes del Minerva responden a un curioso método de supervivencia: la decencia propia se resalta adelantando la indecencia ajena. Pero además de la crítica ética, consustancial a casi toda su narrativa, Pitol ofrece un afilado sesgo de crítica política.

En su novela *Asesinato*, Vicente Leñero explora el sistema judicial mexicano y llega a una nítida conclusión: nadie sabe nada. Miguel del Solar se enfrenta con una perplejidad semejante a las páginas secuestradas de los archivos, las firmas añadidas, los nombres alterados, los chivos expiatorios. Estamos ante el uso mexicano de una de las variables weberianas de la dominación, el "recurso del expediente". El edificio Minerva se alza como un

monumento al país donde un siniestro siempre es imputable al velador de turno y donde los sistemas de computación se "caen" por imperativos políticos.

Hace unos años Sergio Pitol visitó la finca de campo de Tolstoi. Según refiere en su crónica "La casa de la tribu", nada resulta más difícil en ese sitio que guardar un secreto; las paredes y los corredores han sido dispuestos de manera tal que se sepa todo de todos; es la arquitectura de la novela rusa.

El edificio Minerva, por el contrario, es una ciudadela de rumores y palabras insinuadas, una casa hecha para guardar secretos. Los buenos burgueses que la habitan viven en el temor de que algún día se renten los cuartos de azotea y lleguen los de fuera, los pobres, los oídos, nosotros. Desde *Infierno de todos*. Pitol se arriesgó a ser el inquilino no deseado, a lanzar una mirada oblicua al patio de los demás, a encender de repente la luz del cuarto de azotea. *El desfile del amor* es una prodigiosa indiscreción: lo falso y lo verdadero giran como categorías complementarias, cara y cruz de la moneda inagotable que Sergio Pitol ha puesto en nuestras manos. ♦

UN CORAZÓN ADICTO: LA VIDA DE RAMÓN LÓPEZ VELARDE

## CRÓNICA DE UNA EXISTENCIA PRESUROSA

José Francisco Conde Ortega

Una biografía puede ser contada de muchas maneras y, asimismo, suscitar distintos grados de tensión en el lector. Muchas veces, la andadura de la historia del biografado parece aspirar a las letras de la Historia. Entonces, la suma de anécdotas que confluyen para resaltar los rasgos más notables de determinado personaje parecen buscar la eternidad y adquieren un acartonamiento que aleja al sujeto de la historia de sus lectores. En otras ocasiones, la reunión de hechos intrascendentes tiende a oscurecer la personalidad y la vitalidad de una obra, por lo que la biografía puede quedarse en una relación más o



menos pintoresca, pero igualmente alejada del lector. Otras veces, el registro minucioso de acontecimientos vitales y significativos hace comprensible una vida y una obra que se presienten indisolubles. En consecuencia, el lector se apropia del material y establece un contacto íntimo y entrañable con las páginas que le van revelando los pormenores de una existencia que en sus propios hechos encuentra plena justificación. A este último apartado pertenece *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*, de Guillermo Sheridan.

*Un corazón...*, en palabras de su autor, aspira a ser una vida antes que una biografía, pues "la biografía aspira a la objetividad documentada, a tomar aliento tanto de la caligrafía como de la radiografía; la vida acepta de entrada que escribir una biografía es imposible y prefiere crear, como quería Marcel Schwob, desde el caos de rasgos humanos que deja tras de sí, como una estela, toda existencia." Por eso el lector puede participar durante la lectura, reconstruyendo y evocando a partir de su propio conocimiento, en la medida en que las páginas van develando un riguroso acopio de información y una creciente capacidad creativa del autor; por eso, también, *Un corazón...* es una obra original.

Los treinta y tres años de vida de Ramón López Velarde, lo breve de su obra en verso y en prosa y su aureola de amante empedernido y castamente licencioso han dado pretexto para una bibliografía que cada vez se hace más extensa. Estudios críticos y anecdóticos, semblanzas y evocaciones, interpretaciones y home-

najes han hecho que su fama permanezca; no así la lectura de su poesía y menos aún la de su prosa. Acaso ése sea el precio de la fama. Ramón López Velarde puede ser recordado por "La suave patria", su catolicismo y su amor por Fuensanta; sin embargo, estas tres circunstancias han ocultado algo muy importante: la complejidad de su espíritu y la pulsación, ya francamente moderna, de su poesía.

Guillermo Sheridan, al proponerse una vida de Ramón López Velarde, ha hecho caso a sus demonios interiores y a su gusto de lector. Por eso la información que maneja nunca oscurece los hechos verdaderamente humanos y en apariencia nimios, pues sabe que la suma de éstos enriquece la comprensión de una existencia. Pero Sheridan también propone una peculiar estructura para contar la vida de López Velarde. Divide su libro en cinco partes y un epílogo; y cada una de las partes tiene una técnica narrativa y una andadura. De acuerdo con las etapas de la vida del poeta de Jerez, Sheridan propone un título *velardeano* a cada capítulo y le da una estructura idónea para ese apartado. De este modo logra que, efectivamente, se sienta el pulso de una vida marcada por la contradicción y la duda, por la poesía y por el amor de las mujeres, por la imperiosa necesidad de vivir "la vida de todos y de todas".

El primer capítulo, "Introito: Un hilo escuálido de seda (1888-1889)", cuenta el primer año de vida del poeta. El padre de Ramón había decidido que su primogénito cumpliera su primer año en la tierra de sus mayores; así, realizan el viaje, en ese año particularmente lluvioso, de Jerez a Paso de Sotos, Jalisco, para que, además, "asistiera a la cantamisa de su tío Inocencio y protagonizara la jamaica que sus cuatro tías solteras llevaban soñando un año, henchidas de ilusión."

La técnica narrativa de este primer capítulo es peculiar. Guillermo Sheridan da cuenta de la estirpe del autor de *La sangre devota* utilizando como contrapunto el viaje en diligencia, tren y burros. De hecho son dos viajes hacia atrás: hacia la tierra paterna y hacia el árbol genealógico. Este último le sirve a Sheridan para trazar un perfil de las obsesiones posteriores de Ramón: el tío sacerdote, los tíos boticarios flaubertinos, los que vivieron con "sed de amores y de ensueños"; las tías solteras; la estirpe criolla; su obsesión de morir asfixiado... Es decir, Guillermo Sheridan hace caso a los signos que van a construir un destino.

El segundo capítulo, "Niñez toda olo-